comendaban la pobrecita abuela Celeste y diariamente sus hermanos: empresa tan difícil cuando el deber quiere á dura fuerza imponerse, y tan fácil cuando el cariño lo implora dulcemente. ¡Qué bueno sería él á la vera siempre de Crescencita!

Tan sólo una vez la vió enfadada..... Pero fué porque él y Tito se pegaron, Tito por querer subir á la higuera y él por no dejarle, de puro malo y testarudo: vencido el chiquillo, en venganza, hizo con la mano un ademán que, en el lenguaje de la mímica, expresa la acción de robar, y Juanillo le dió un soplamocos y le llamó *lustrrrra-botas*, con todas las erres de que disponía.

Afortunadamente no estaba doña Orosia, y Crescencita calmó los lloros y apagó el escándalo, con una mirada tan dura para el grandullón y una palabra tan seca, que le escocieron atrozmente, por ser ella quien le dijera: ¡Malo!..... y le enrostrara su injusto proceder; y de tal manera le escocieron, que, lejos de revolverse airado, se humilló, pidió disculpa, abrazó á Tito y lloró él también, implorando el perdón de los ojos azules. Aquella tarde sí que charlaron todos tres, hechas las paces y más amigos que nunca.....

Charlaron entre carcajadas y bromas, por el afrancesado pronunciar de Juanillo y sus continuos tropezones en las jotas y demás obstáculos de la lengua castellana; hasta el gallo del corral se alborotó y reunió á las asustadas hembras en torno suyo, bajo la égida de sus espolones.

¡Qué reirse los tres! Y gracias que la ausencia de doña Orosia dejábales entera libertad para lozanear á sus anchas. Ceñida una toalla Tito y encogida Crescencita dejando arrastrar la falda, se paseaban ambos con mucha prosopopeya, y Jean les saludaba al paso con gravedad, y decía Tito:

—Mira, yo seré presidente de la República..... saldré con mi banda y mi bastón y llevaré escolta y tendré ministros que me sirvan.....

—Pues yo—añadía Crescencita muy seria, haciéndose aire con la mano cual si ma-

nejara el más precioso abanico—seré gran señora y no me pondré sino vestidos de seda.....

—Y yo—saltaba Jean—haré mucho dinero y seré millonario.....

¿Por qué no, al cabo, estando en el país de las transformaciones maravillosas? Crescencita recordaba la historia, que oyó contar á su madre, de la fidelera italiana de enfrente, «que vino descalza y llevaba ahora diamantes en las orejas, gordos como nueces», y la del inglés del aserradero, el patrón de Max, «con tantos miles como pelos en la cabeza», un pobrecito emigrante que, andando el tiempo, hasta casó con la hermana de la señora Liberata.....

—¿Ves tú?—decía la chiquilla.—Aquí te acuestas mendigo y te despiertas ricachón, como en los cuentos; pero, no creas que va algún genio á ponértelo en la boca: te lo buscas tú antes y lo sudas. No más tarde que mañana por la mañanita he de lucir yo unos diamantes, que ni los de la fidelera.

Ya no reían, absortos en aquellas cosas magníficas que se realizarían «cuando ellos fueran grandes.» Parecíale á Juanillo que Crescencita se transfiguraba y se convertía en una princesa muy orgullosa..... ¡Tarde serena de encantadores recuerdos! La señora princesa, á fin de representar más á lo vivo su papel, con una cinta desteñida había anudado sus trenzas, y de tanto zarandearse, la dejó caer, sintiendo al punto Juanillo el extraño cosquilleo en las yemas de los dedos que producíale su olvidada manía, cada vez que le despertaba la vista de un objeto ajeno; y por coger la cinta, pasó grandes angustias, luchó, y vencido, se bajó á cogerla..... ¡Sería la última, la última vez!

Desgraciadamente, no siempre Crescencita disponía de espacio y de ocasión para estas expansiones. Al mismo Tito, muy aficionado á la Historia Natural, doña Orosia le prohibía severamente buscar sabandijas en la huerta siempre que estuviera el perdido de los Duseuil, y Jean estaba con-

denado á distraer sólo su melancolía, mirando de lejos coser á Crescencita, labrar sus diamantes de futura princesa..... Como el mal, lo bueno también se contagia, aunque sea de más difícil incubación y requiera mayor solicitud y cuidado: así, Juanillo, con el ejemplo de Crescencita y de Tito, poco á poco iba perdiendo sus asperezas de muchacho bravío, sus instintos desordenados se calmaban y despertábase en él la emulación, el noble deseo de llegar por el camino recto del deber á los soñados alcázares de la fortuna. Compró una hucha, y cada domingo guardaba el deleznable papelito que Max ó madama Clémence le regalaban, pensando que en breve tiempo tendría dinero suficiente para engarzar en diamantes á Crescencita.....

Para este saludable contagio del bien, la casa entera se prestaba admirablemente; porque, así como la peste se desarrolla y cunde entre la suciedad, la ignorancia ó la miseria, en el ambiente honrado y tranquilo florecen las buenas ideas, adquieren vi-

gor y hondas raíces. No habían de florecer, pues, en el caserón de Andillo, y especialmente en aquel patio tercero, cultivadas por las manos señoriles de la almidonada doña Orosia! Francamente, si en Arcos dieron todo el tiempo á ocioso vagar, como es de regla y buen tono en las gentes aristocráticas, paréceme más digna de admirar esta contracción al trabajo de la familia gaditana, hormiguitas que en llenar el granero se ocupaban todo el día, bien repleto ya á juzgar por las transformaciones que se notaban en el menaje, gracias á la máquina de Crescencita, al *charolado* de Tito, al comercio de D. Rufino y á la economía y excelente administración de doña Orosia.

El D. Rufino, cada noche, al descolgar del hombro la correa del mostrador, decía soltando al mismo tiempo un ¡uf! de cansancio:

—¡Buen día!, hija, ¡buen día! pero traigo los pies desollados.

Y mientras doña Orosia, ayudada de Crescencita, mangoneaba á su gusto, espu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

mando el cocido, aviando la mesa ó preparando el plato al estilo de su tierra, estiraba Barbado las cansadas piernas, pensativo.

—¿Y yo, padre?—rezongaba Tito desde su rincón, adormilado sobre la caja de lustrar,—yo también tengo hinchados los pies y estoy ronco de tanto gritar.

—Mire usted mis manos,—decía Crescencita mostrándolas—lo menos una docena de pinchazos he sufrido hoy y me apunta un uñero en este dedo..... pero, ¡me he cosido tres camisas!

Doña Orosia probaba la salsa, suspirando. Oh! cruel destino, que así les humillaba y ponía á prueba. Se volvía al marido, y le exhortaba blandamente:

—¡Paciencia, hijo! ¿qué le hemos de hacer? Siempre que nuestro sacrificio sea con fruto..... A ver si logras establecerte pronto: así el niño podrá comenzar seriamente sus estudios y ésta no enfermará del pecho de tanto coser. Mira, me ha dicho madama Clémence, que con el producto de la venta de su finquita y los ahorros reunidos, el inglés del aserradero, mister Patrick, ha admitido á D. Máximo de socio, y ahí le tienes ya de patrón al que entró de mísero jornalero. ¿Por qué el patrón del Bismarckito, en cuya casa compras tus géneros, no te habilita? Tiéntalo y no te apoques. ¿No dicen también que aquí los Bancos tienen sus cajas abiertas para el comercio honrado? Pide un préstamo como los demás, que si te dan, bueno, y si no te dan llamas á otra puerta.

No echaba en saco roto estas indicaciones D. Rufino. Rascando las peladas mejillas, rumiaba la mejor manera de obtener lo que necesitaba para plantar su tienda, aquella fábrica de guantes soñada, con sus lucidos escaparates de felpa grana y cristales enteros resplandecientes. El patrón de Franz era un alemán tan meticuloso y cachazudo como su dependiente, y en las diversas ocasiones que D. Rufino le habló del negocito, se esponjó para soltar entre sus bigotes color de limón el *nain* más seco de su repertorio; pero D. Rufino no cejaba y

ayudábale Franz decididamente..... Al fin y á la postre, D. Rufino era un hombre honrado á machamartillo, parecía listo en esto de mercar, y como él consiguiera su propósito, no habría manita ni manaza bonaerenses que no se dejaran calzar con las finísimas pieles de Suecia, las de cabrito y otras menos estimadas, porque la sonrisa de doña Orosia y de su hija detrás del mostrador, sería miel para moscas y liga para tontos.

Cuantas veces el *nain* de desahucio sonó bajo los bigotes color de limón, D. Rufino volvió á casa pensativo, y pasó la velada rascándose la mejilla pelona, manera suya de espolear á la imaginación en sus correrías por los intrincados campos de la hipótesis. Para doña Orosia era cuestión de amor propio el poner la fábrica de guantes, porque lo tenía anunciado en la casa como el más grande y transcendental acontecimiento que había de contribuir á resucitar los buenos tiempos pasados; así, cuando en el zaguán tropezó con la rubicunda madama

Clémence, que salía llevando su cesta de ropa blanca, y la oyó chapurrar aquello de la venta de la finquita y de mister Patrick y de la sociedad de Max en el aserradero, tan gozosa, que los ojos violados centelleaban de alegría purísima, la de Barbado sintió celos, y eso que no era ella envidiosa ni mujer á quien molestase el bienestar ajeno.

—Pues nosotros—dijo tristemente,—estamos en lo mismo, buscando el capital para la fábrica. Promesas no nos faltan, pero con promesas no se hacen guantes, ¿verdad, vecina? En fin, aquí estamos para medrar, y medraremos, Dios mediante. Que sea enhorabuena, madama, y por muchos años.

Tanto rascarse D. Rufino y tanto gastar saliva Franz, con el tiempo llegaron á vencer la teutónica resistencia de los bigotes color de limón; y fué de manera que no salieran de su bolsillo los dineros, sino que el Banco de la Provincia, aquel coloso bienhechor de propios y extraños, augusto padrino del progreso y de la prosperidad de

la República, muerto á manos de expoliadores y políticos perversos, otorgara á Barbado un préstamo de 20.000 pesos, bajo la formal garantía del patrón de Franz Blümen; sobre esta base formábase la triple alianza comercial de D. Rufino, de Franz, que ponía sus ahorros y su persona, y del indicado patrón, que á más de su firma se decidió á arriesgar una bicoca en la empresa.

El día que ocurrió todo esto, á doña Orosia le faltó poco para desmayarse, y fué al cuarto de los Duseuil á dar la grata nueva, golpeando en la persiana del obrador:

—Vecina, ¿sabe usted? aquello, aquello..... pues ya lo hemos conseguido y tenemos seguro lo de la fábrica.

¡Jesús! ¡Qué alborotar el de doña Orosia! Hubo su guitarreo en el tercer patio y su miajita de peteneras, que ensayó el pelele germánico, haciendo desternillar de risa á los mirones. Luego, D. Rufino y Franz, éste con los tres pelos clásicos empinados en mitad de la calva prematura, y las cejas más alborotadas que nunca sobre los avejigados

párpados, discutieron gravemente todos los puntos que á la Sociedad se referían, anudaron los cabos sueltos y redondearon el negocio cumplidamente. Lo menos hasta las doce se estuvieron de conferencia, entre los ronquidos de Tito y el triquitraque de la máquina de Crescencita, y cuando el alemán se marchó, dió suelta doña Orosia á los efusivos sentimientos que la embargaban, metiendo su cucharada de esta manera:

—¡Ay! Rufino, estoy con todos los nervios de punta..... ¡Para que el gandul de tu hermano venga después á decir que esta es tierra de miseria y de hambre! ¿A dónde ha visto él prestar así, de bóbilis bóbilis, veinte mil pesos á un desconocido? ¡Y te los prestan, Rufino, te los prestan! ¡Bendita sea la Santísima Virgen de las Angustias!..... Mira, has hecho bien en hablarle claro al Bismarckito: él es muy formal, y será un socio á pedir de boca; pero en esto de los negocios, las cuentas muy limpitas. ¡Quién nos lo dijera, Rufino, al salir de Arcos con lo puesto!

Por primera vez, con las glorias se le iban á doña Orosia las memorias; pero como estaban solos, holgaban las comiquerías y los desplantes aristocráticos. El mismo don Rufino sacó á relucir la historia verídica del clarinete pignorado, y doña Orosia plegaba las manos delgadas, suspirando:

—¡Sí, me acuerdo, Rufino!

Lo cierto es que ahora iban á estar de señores. Pero nada más que nominalmente, porque si bien tomarían una criada para aliviar el peso doméstico, mientras los dineros prestados no volvieran á la caja del Banco y marchara la fábrica con desembarazo, la situación no cambiaría, sino que se hacía más grave, por la pesadumbre del compromiso. Entre proyectos y comentarios, el cuco les anunció las dos de la madrugada. Crescencita se había quedado dormida sobre la máquina, y tal vez soñaba que eran suyos los diamantes de la fidelera.....

Por supuesto, la fábrica no se puso así, en un dos por tres. Hubo más idas y venidas, y más vueltas y revueltas, que si el asunto anduviera en manos de ministros y fuera cosa de Gobierno; entre los bigotes color de limón, los tres pelos bismarckianos y el lampiño Barbado todo era tirar y aflojar, ajustar este tornillo, meter aquella escarpia y asegurar el contrato de la manera más sólida posible. Luego de cobrado el préstamo, se buscó local, se compraron máquinas y materiales..... Entre tanto, forzosamente D. Rufino abandonó la venta callejera; asimismo, cada noche llegaba más derrengado que antes, pero con el ánimo tan entero. ¡Era la fábrica de su fortuna que levantaba, arrimando piedra sobre piedra, abriendo el hondo surco de los cimientos en la tierra hospitalaria, noble hija de su amada España!

Ni á los socios principales ni al comanditario les pareció prudente hacer despilfarros y gastar en lujos lo que acaso necesitaran más tarde para los apurillos, que la nueva industria podía traer; y así, se prescindió de muestras aparatosas, de vidrieras

y de cortinajes, y se puso un comercio modesto, con mostrador y alhacenas de pino pintado, dos sofás de pana y alguna silla volante; un escaparate estrecho, alumbrado por un solo pico de gas; sobre la puerta un letrero, que decía: *A la ciudad de Cádiz,* y colgando una manaza roja, de latón. La trastienda era espaciosa, y cabían en ella holgadamente hasta cuatro oficialas; luego había tres habitaciones, empapeladas, un patio interior, que daba luz y ventilación á la casa; un sotabanco y azotea, con bonitas pilastras de yeso: lo suficiente para que los Barbados se instalaran á sus anchas, si creían conveniente dejar el caserón de Andillo y trasladarse al local de la fábrica. Estaba situada ésta en la calle de las Artes, en la propia acera de San Nicolás; el barrio gustaba mucho á doña Orosia, y se decidió á mudarse en cuanto las ruedas de la máquina, tan pacienzuda y cuidadosamente montada, echaran á andar.

Mientras llegaba el ansiado momento de verse detrás del mostrador recortando ca-

britilla, en lo que era una verdadera maestra gracias al largo aprendizaje de sus juveniles años..... Usted dispense, mi señora doña Orosia, pero forzoso me parece declarar que, según mis noticias, allá por los años del cincuenta y nueve á sesenta y tantos, en una guantería muy conocida de Sevilla..... Pero ¡chitón! no enredemos la madeja y sea motivo el alabar de la habilidad de doña Orosia, para incurrir en su enojo, y sigamos diciendo que, mientras aquel ansiado momento llegaba, no se la cocía el pan á la de Barbado, y con el aplomo de su experiencia y la viveza de su deseo ayudaba al marido, calentaba la fría iniciativa de Blümen, y repartía sabios consejos y advertencias, que concluían siempre con aquella reticente y profunda frasecita suya:

—No sea cosa.....

El probable cambio de fortuna habíala esponjado mucho, de manera que sin la sobra de almidón que empalidecía sus mejillas, diera mayores muestras de salud rebosante, nunca más decidora, gozosa y ágil.

Por ser aquella tornadiza y pensar juiciosamente que la carga del préstamo parecía de doble peso y dificultad para sobrellevar que la miseria con tanta resignación soportada, creyeron D. Rufino y su mujer que no debían variar el programa diario de trabajo; y en esto imitaban el buen ejemplo de sus vecinos, los Duseuil, que ahora como antes dejaban oir los ecos de la plancha y el serrucho, y Max vestía la misma blusa, y madama Clémence el mismo delantal, y acaso ahora más que antes aplicaban sus esfuerzos á la faena común.

Por lo tanto, si D. Rufino no hizo ya de buhonero, Tito continuó sacando lustre á las botas, y cosiendo camisas la chiquilla. Tiempo habría, cuando se establecieran definitivamente en la calle de las Artes, para el apetecido señorío y la relativa holganza. Entonces Tito, bien lavado, sin remiendos ni pringue, acudiría á la escuela municipal, y emplearía todas las horas de reglamento en perfeccionar sus estudios y aptitudes de Presidente futuro, y

Crescencita, emperegilada como ya lo demandaban sus doce años y lo exigiría la clientela, entretendría sus castigados dedos en pespuntear guantes, que es tarea más fácil que la de armar pecheras.

En poco estuvo que estos hermosos proyectos se evaporaran y cayeran al suelo las paredes de la insegura fábrica; porque los bigotes color de limón, tan suspicaces como los de gato escaldado, provocaron en hora menguada no sé qué dificultades sobre la manera de interpretar una cláusula del contrato, y hubo nuevas discusiones, la sangre de Franz perdió tantos grados de calórico como adquirió la bulliciosa de doña Orosia, y D. Rufino se arañó la cara á fuerza de cavilar. Pero mediando consultas de abogado, suficientes para iluminar el mismo caos, la germánica intransigencia se atemperó, y al fin, preparada la casa, instalados los materiales, ajustadas dos oficialas inteligentes, todo listo y á punto, anunció don Rufino que ya podían mudarse.

Sin embargo, doña Orosia no se decidía á

mover los bártulos aún; miraba á la imagen de su patrona la Virgen de las Angustias, que sobre la cómoda, entre dos candeleros de cobre y un florero vacío plácidamente sonreía, y murmuraba pensativa:

—No sea cosa.....

III

Duerme el eterno sueño en esas librerías, como todo lo que por aquí se escribe, olvidado y polvoriento, un folleto con este título: *Corona fúnebre del doctor D. Hipólito Andillo....*, publicación destinada, según reza una advertencia puesta al pie, á aumentar los fondos que para erigirle la estatua discernida por sus amigos, se solicitan y recaudan en toda la República. No vayan ustedes á creer, por esto de la estatua y del folleto, que era el doctor Andillo hombre superior, porque no hay Perico muerto en estos mundos sin estatua, sin folleto y sin discursos. Afortunadamente, en la mayoría de los casos, la estatua queda